

J. ÁLVAREZ PASTOR

LA HUELLA
DE CERVANTES



VALENCIA - 1928
RENOVACIÓN TIPOGRÁFICA

Gandía, 3

G - F 17801

LIBRERIA JIMENEZ

Mayor, 66-68

MADRID

libreriajimenez.com

J. ÁLVAREZ PASTOR

LA HUELLA
DE CERVANTES



VALENCIA - 1928
RENOVACIÓN TIPOGRÁFICA
Gandía, 3

ES PROPIEDAD



Componen este folleto una breve conferencia, dada en la "Sociedad Malagueña de Ciencias" la noche del 29 de abril de 1916, con ocasión del tercer centenario de la muerte de Cervantes, y un artículo publicado poco tiempo después. Ambos trabajos guardan, como puede verse, estrecha relación y nada pierden con ir juntos. El lector encontrará en ellos motivos y pensamientos que han sido posteriormente desarrollados con mayor amplitud y con mucha más agudeza y profundidad por ilustres escritores. Pero esto es precisamente lo que quizá preste algún interés a mi descosido ensayo y la razón de que lo edite a los doce años de haber visto la luz pública. La coincidencia en los temas y hasta en el modo de tratarlos tal vez tenga algún interés desde el punto de vista histórico, como manifestaciones dispersas de las preocupaciones y los ideales de una misma generación.

J. A. P.

Cervantes y la Historia

SEÑORAS Y SEÑORES:

Cuando, a mediados del pasado siglo, D. Modesto Lafuente escribió su conocida Historia de España, dominaban, acerca de lo que debía entenderse por historia, ideas muy someras y de poca consistencia. Historia quería decir crónica de los hechos realizados por un monarca o, mejor aun, relación de sucesos que se referían más o menos directamente a una personalidad llamada rey o emperador, que asumía, no sabemos bien por qué causa, todo lo más importante que pudiera acontecer en los países respectivos. Y como los monarcas se han ocupado mucho en guerrear; como sus aficiones favoritas han sido, en todo tiempo, unas veces la caza y otras las aventuras galantes, con estos hechos iba tejiéndose la historia: la historia, que cansada ya de tan pomposo título, adoptó en algún momento el nombre más adecuado de Crónica de Reyes.

El monarca era toda la nación o como había de decir Luis XIV, cuando se vió libre de la tutela de Mazarino, el estado era el rey. Así el rey llenaba completamente el ámbito del pueblo que dirigía y no quedaba a éste el más pequeño espacio donde cobijarse. No es extraño, pues, que, apretado por la necesidad, harto de tantas estreche-

ces, se instalara en el palacio de las Tullerías, primero, y luego, sintiéndose ya señor, en el histórico recinto de Versalles.

Ni tampoco debemos admirarnos, después de lo expuesto, de que en los 25 tomos de la «Historia» escrita por don Modesto Lafuente, a que antes me refería, no aparezca ni una sola vez un nombre que inmediatamente acudirá a vuestro pensamiento y ante el cual se esfuma esa teoría espectral de reyes guerreros, taciturnos, cazadores, amadores y alucinados que constituye, como todos sabéis, la casa de Austria.

El nombre de Miguel de Cervantes no ha significado nada, por lo visto, en la historia de España, en la historia de España escrita con tan singular criterio, claro está; y si hoy nos reunimos aquí para celebrar su memoria, es porque, afortunadamente, nuestras ideas respecto de lo que debe ser la historia son distintas en absoluto de las que tenían nuestros abuelos. Ni el brillo de las majestades nos deslumbra, ni nos apasionan sus injustificadas guerras, ni nos interesan sus monterías, ni sus fáciles amoríos logran salpicar nuestra curiosidad con las gotas rojas de la concupiscencia. Hemos sobrepasado el punto de vista que tenía su centro en la retina de un monarca, demasiado enturbiada por sus peculiares prejuicios. Hemos abandonado cualquier consideración que podría referirse al interés particular de un hombre o de un pueblo y hemos ido a buscar en la cumbre de lo universal aquella más amplia y más objetiva visión que hace posible una sola y única Humanidad, no dividida por infranqueables fronteras, en la que todos sus miembros son capaces de colaborar en la obra de conjunto.

Por un lado, nos encontraremos ciertas manifestaciones características del hombre, bordadas sobre el fondo común de la vida humana; ciertas actividades multiformes, anónimas, inconexas, que brotan aquí y allá, individualmente, con desigual impulso. Por otra parte, hallamos una larga serie de valores que no pueden ser pro-

pios de una determinada nación, ni siquiera de una determinada raza; valores que corresponden al acervo de la humanidad, porque son inherentes al hombre; que constituyen el amasado caudal que unas generaciones heredan de las que les preceden, como su más caro patrimonio. Son conquistas definitivas y eternas que nos abren nuevos caminos hacia mundos hasta entonces inexplorados. Son, en una palabra y para decirlo con toda la fuerza del pleonasma, valores culturales, valores que no proceden de la Naturaleza, en tanto se nos ofrece en sus pristinas manifestaciones, sino que forman un producto, una elaboración dirigida en cualquiera de los fundamentales sentidos en que se desarrolla la actividad espiritual.

Con esto, la orientación queda indicada para siempre; el camino, sin embargo, no se halla trazado. La historia sabe la dirección que debe seguir y sólo le falta determinar cómo puede legítimamente recorrer esa segura vía que ha de hacer de ella una ciencia. Pero a nuestro propósito basta lo primero. Si es cierto que deben aparecer en el gran libro de la Historia únicamente aquellas manifestaciones de la actividad humana que hayan alcanzado un valor universal, inscribamos ante todos el nombre de Miguel de Cervantes Saavedra, autor de «El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha». Es la más relevante aportación al fondo común de la cultura moderna que nosotros, los españoles, hemos podido realizar hasta el día de hoy. Luego vendrán otros nombres de muy distinta valía y dignidad, que no ocuparán, sin disputa, el rango que traten de adjudicarles las particulares preferencias.

La vida de Cervantes **y de Don Quijote** ::

Miguel de Cervantes Saavedra murió, según todo el mundo sabe, hace trescientos años, o sea el 23 de abril de 1616. Murió como había vivido; pobre, agobiado bajo el peso de innumerables infortunios, pero con entereza, con dignidad y con el buen espíritu, casi puede decirse con el buen humor, que es una de las más felices disposiciones de los españoles de aquella época.

Pocos días antes, el 19 de abril de 1616, sintiéndose morir, víctima de un ataque de hidropesía, dedicaba al Conde de Lemos «Los trabajos de Persiles y Segismunda.»

«Puesto ya el pie en el estribo...»

escribía al conde, recordando un famoso romance... Y, en efecto, cuatro días después entregaba su alma a Dios, a los 68 años de edad, sin que hasta la fecha nadie haya podido, en el campo de la literatura, superarle ni igualarle siquiera.

Pero si grande fué Cervantes como escritor, Cervantes como hombre no le iba en zaga. Y éste su carácter humano, éste su carácter humilde, obediente a las indicaciones que la vida le impuso es tal vez la superior cualidad de su noble espíritu. La vida de Cervantes es una serie no interrumpida de fracasos. Fracásó como escritor, aunque extraño parezca, y la prueba es que se vió obligado a abandonar las tareas literarias y a buscar en un empleo público el medio de atender a sus necesidades. Fracasa también como funcionario, hasta el extremo de que, a consecuencia de ciertas irregularidades administrativas, dió varias veces con sus huesos en una cárcel, de la que salió para no volver más a ejercer cargos pú-

blicos. En el curso de su desenvolvimiento literario fracasó como poeta, fracasó como autor de comedias, y únicamente al final de su vida el vivo resplandor de Don Quijote iluminó una existencia forjada en la adversidad.

Pero como el héroe manchego, Cervantes fué un derrotado, mas no un vencido. Bien pudo el caballero de la Blanca Luna, en la playa barcelonesa, derribar a Don Quijote y poniéndole la lanza sobre la celada, apremiarle para que se desdijera de lo que había tan altivamente mantenido. Don Quijote, maltrecho y aturdido, sin alzar-se la visera, como si hablara dentro de una tumba, con voz debilitada y enferma le responderá: «Dulcinea del Toboso es la más hermosa mujer del mundo, y yo el más desdichado caballero de la tierra y no es bien que mi flaqueza defraude esta verdad; aprieta, caballero, la lanza y quítame la vida, pues me has quitado la honra.»

«Mis arreos son las armas

Mi descanso, el pelear...»

decía muchas veces Don Quijote, y tal podía ser, a su vez, la divisa de Cervantes, caballero de la triste ventura, manco en Lepanto, cautivo en Argel... A pesar de lo cual, siempre conservó la suprema fortaleza unida a la suprema templanza, admirable tensión del ánimo que había de engendrar esa cumbre de la ironía sana y alegre que se llamó «El Ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha».

Repasad cualquier biografía de Cervantes y os convenceréis del continuo paralelismo que se puede establecer entre la vida del hidalgo manchego y la del diligente cronista que, alguna vez, caprichosamente, se ocultó bajo el nombre de Cide Hamete Benengeli. Leed las aventuras de Miguel de Cervantes, como habéis leído las de Alonso Quijano, el bueno, y pronto os persuadiréis de que unas y otras mutuamente se enlazan y complementan. El hombre queda explicado por la obra y la obra se explica por el hombre. Fantasía y realidad no son, así, sino partes de un mismo todo, necesaria separación en lo homogéneo y continuo. La vida de Cervantes tiene en la vida de

Don Quijote otra forma de realización más allá de la experiencia. En el fondo, hay sólo una misma y única realidad que principia recorriendo los caminos castellanos, hospedándose en sus ventas, morando en sus cárceles; ya pobre alcabalero, con doce reales de salario; ya fámulo del cardenal Acquaviva; ya soldado de los tercios de Marco Antonio Colonna; una misma y única realidad que comienza a ras de tierra torpemente, penosamente y que adquiere una expresión magnífica, una definición perfecta en el afable, cortés, magnánimo y heroico Don Quijote, verdadero caballero sin miedo y sin tacha, infinitamente más grande que Aquiles, que Roldán y el Cid. ¡Ah, qué hombre había en Don Quijote, decimos; qué *hombre* tan grande, siempre propicio a todo máximo esfuerzo, siempre decidido a seguir la línea recta de su voluntad, insaciable de supremos valores! Es el ideal; es el ideal lejano, inasequible, tal y cómo nos lo forjamos nosotros, los españoles, en nuestro desvarío místico: ideal que busca el corazón de lo infinito, pero que viene lanzado, como una flecha, por la recia mano de lo real. Realidad y fantasía, la vida de Cervantes y la vida de Don Quijote, constituyen dos inseparables trozos de una misma cadena tendida entre el ser y el querer ser.

De este modo desaparece aquella escisión que se ha tratado de producir entre el héroe de Lepanto y el Hidalgo manchego. Cervantistas y quijotistas no sólo persiguen intereses dispares sino que hablan, en mi opinión, idiomas diferentes, psicológico el uno y el otro, lógico. La conciliación de Cervantes con Don Quijote, la continuidad de ambos, más bien que su mutuo enlace, se verifica en el campo de la ética, en el mundo inagotable de los fines. Sólo en él ocupan su lugar propio Cervantes y D. Quijote; sólo en él adquieren las vidas de cada uno su adecuada significación.

Don Quijote, Don Juan

y la Celestina ::

Entre los tipos literarios que España ha entregado al comercio internacional—Don Quijote y Sancho, Don Juan y la Celestina,—yo no sabría establecer una adecuada relación. Cómo los cuatro personajes pueden ser expresiones del espíritu de nuestra raza, no lo comprendo bien y es, para mí, un problema casi insoluble el de reducir estas tan diversas creaciones de la fantasía a la unidad de una sola conciencia colectiva o de un presunto carácter étnico. Respecto de Don Quijote y Sancho la cuestión se simplifica en gran manera; no cabe duda que ellos constituyen la esencia de la raza hispana; ciertas partes de nuestra vida íntima se reflejan en el magnánimo y heroico Don Quijote; otras partes se reproducen en el deslenguado y logrero Sancho; partes ambas en las que lo genérico, lo peculiar al hombre, es muy difícil de separar de lo específico, de lo que nos pertenece como españoles.

Sancho y Don Quijote constituirían así el haz y el envés de una misma moneda, y no significarían, en último término, otra cosa que dos diferentes puntos de vista desde los cuales puede ser considerada una sola realidad. O si queremos penetrar más profundamente en el sentido esotérico del famoso libro, sería posible afirmar que ambos aspectos son como dos estribos de un puente tendido entre la realidad, entre la vida a ras de tierra, simbolizada por Sancho, y el ideal, esto es: el fin último a que se encaminan las supremas determinaciones de la voluntad, encarnado en Don Quijote.

¡Pero Don Juan!... Don Juan no es español. Todos le vemos venir de Italia frívolo, despreocupado, después

de burlar a la duquesa Isabela. Don Juan viene de Italia, según decía, y frente a las playas catalanas el barco que le conduce zozobra. Don Juan es recogido, a punto de ahogarse, por unos pescadores que le tratan afectuosamente. Como es mozo y tiene buena presencia pronto se capta la voluntad de aquellas sencillas gentes. Los pescadores ofrecen a Don Juan un refugio en sus chozas, donde pasar la noche. Don Juan se aprovechará de estas circunstancias para cometer su primera felonía a aquellos precisamente de quienes tan buen trato acaba de recibir. Y luego de burlar a la complaciente doncella, huirá como un ladrón, llevándose, tal vez, lo que pueda.

¿Imagináis nada más distinto de lo que ha sido, es y será Don Quijote? Sancho mismo, el zafio y marrullero Sancho ¿hizo nunca nada semejante? ¿Ni cómo Sancho había de cometer tales desaguisados si junto a la viva llama de su señor hubo de contagiarse de su heroica locura hasta el punto que ya no luchaba por el huevo, por su ínsula, sino por el fuero, por ser el más cumplido escudero de cuantos sirvieron a caballero andante? Don Juan, el burlador, el despreocupado, tiene que refugiarse en Sevilla infestada de genoveses, de judíos, de flamencos con los cuales podrá convivir. En Castilla, Don Juan no tiene nada que hacer; la vida fácil no busca los yerros, las llanuras solitarias, los caminos polvorientos, las ventas sórdidas. La vida fácil halla acomodo en las ciudades ricas, en las villas ruidosas que se asientan junto al mar. Don Quijote tuvo que ir a Barcelona para ser featuralmente derrotado.

Nada sabemos de la juventud de Don Juan, ni siquiera dónde nació. Es posible que naciera en España, pero pudo muy bien haber nacido en otra parte. Si vió la luz entre nosotros, pronto tomó aire cosmopolita, adquiriendo carta de naturaleza en repúblicas extrañas. Tampoco sabemos nada de la condición social de Don Juan. ¿Fue quizás un señorito sevillano que vivía de sus rentas? ¿Qué profesión tenía, si tuvo alguna? Caballero andante

no era ni aspiró a serlo. Le vemos subir a los palacios y bajar a las cabañas, entrar a los salones y salir de las hosterías sin que en ninguna parte choque su presencia. Y es que en Don Juan no encontramos un carácter sino un temperamento, es un producto biológico y no una forma histórica, es una fuerza de la naturaleza, no una manifestación del espíritu. Pertenece a la fisiología más que a la psicología humana.

Como Don Juan, que es demasiado humano, la Celestina tampoco es española. Hemos reprochado a don Juan su frivolidad, su despreocupación, su equívoco concepto del honor, el no estar compenetrado con los grandes ideales de la raza. Don Juan no nos ofrece más que un aspecto de la vida; necesitaría completarse con la otra fase que la caracteriza para conseguir la total adhesión. Tal como se nos presenta, don Juan es algo incompleto, truncado, inferior al hombre según lo concebimos. En cambio, la Celestina sobrepasa la anfibia condición humana al sublimarse, al convertirse en inteligencia pura. La Celestina es toda experiencia, toda sabiduría. Saber, desde luego práctico, y por ello abuela de Sancho Panza; experiencia del mundo y de la vida, o sea el más temible instrumento de poder cuando se usa sin el freno de la moralidad. Pero este poder lleva la muerte en sus entrañas, pues nace del cerebro y no del corazón, y en lugar de aplicarse a la justicia atiende al provecho. Ahí está su fuerza y también su debilidad. Por codicia perece Celestina. Se pasa de lista, como tantas mujeres que verdaderamente lo serían si pudieran detenerse a tiempo.

Tipo de valor universal, admirable engendro de la fantasía en el que no se descubre traza alguna específicamente española. Como los mejores personajes de Shakespeare, la Celestina vive por sí misma, independiente del espacio, *sub speciæ eternitatis*.

La tragi-comedia de Fernando Rojas introduce en el campo de la literatura temas que tienen su origen en las más profundas raíces del espíritu. Calisto y Meli-

bea viven la pura vida del amor, de un modo que a nosotros, españoles, que nunca hemos hecho el amor a plena luz, resulta desconcertante. Y sobre la obra toda, gravita el destino, lo inexorable, la expiación de una culpa que no somos capaces de sentir muy profundamente, de la cual, en el fondo, siempre nos consideramos prestos a absolvernos. Calisto y Melibea parecen más bien personajes arrancados de un país céltico, de las costas sombrías de Cornuallia; héroes desprendidos de un poema de Beroul o de Godofredo de Strasburgo; ellos descenden de aquella desgraciada Iseo y de aquel malogrado Tristán a quienes la fatalidad unió de tan estrecho modo que ni la misma muerte pudo separarlos. Calisto y Melibea tienen en Romeo y Julieta una magnífica sucesión; pero en España no han dejado descendientes.

La huella de Cervantes

Entre los bienes materiales que Cervantes nos ha legado, no es el menor quizá haber constituido una hermandad de pueblos unidos por un lazo invisible y, sin embargo, más sólido que cualquier otro que pudiera encarecerse. Don Quijote conquistó no ya una ínsula para Sancho sino un mundo para España, y lo conquistó más por virtud de la palabra que por la fuerza de su brazo. No es la sangre, inyectada o vertida, el vínculo que nos une a las naciones del Nuevo Continente; no es la raza lo que debemos invocar para—usando los tópicos de una retórica insincera—fundamentar la confraternidad hispanoamericana.

Las varias nacionalidades que constituyeron los antiguos dominios de la Corona de Castilla se hallan forma-

das, como todo el mundo sabe, no sólo con los elementos étnicos que España aportó sino también con el fondo indígena al cual aquellos se mezclaron, y el resultado es, a su vez, algo distinto de los componentes, es decir, una raza nueva que tiene derecho a proclamar su originalidad y su independencia.

Al invocar la raza, un americano del Sur o del Centro, alude a ciertos orígenes que forman parte esencial de su personalidad y que son extraños a cualquier español de la Península. Por otra parte, la consideración de la raza puede servir de fundamento a una agrupación social basada exclusivamente en la tradición directa, lo cual no es probable que suceda sino en las comunidades poco numerosas o muy cerradas a toda influencia exterior.

El hecho de que dos individuos sean de la misma familia o de la misma raza no los une más que una coincidencia de intereses o una identidad de cultura y no es mi propósito oponer, en general, cultura a intereses; mejor dicho, intereses espirituales a intereses materiales, pues creo que en la mayoría de los casos los intereses de orden práctico brotan por exigencias de la cultura.

El lazo que une a los hombres no hay, en mi opinión, que buscarlo en una identidad étnica, identidad que es ansiosamente deseada cuando sirve para satisfacer estímulos de vanidad y que, además, es la razón última en que se apoya el imperialismo. La dificultad de determinar los caracteres esenciales de las nacionalidades desaparecería si la raza fuese realmente el nexo que estableciera una solidaridad positiva entre los hombres. Para una persona culta, los valores más estimables son siempre de carácter espiritual, hasta el extremo de que si no son espirituales no deben considerarse realmente como tales valores, y lo que haya de biológico en los desarrollos sociales es el substrato en que aquellos valores se actualizan.

Son las obras del hombre, son las elaboraciones de las sociedades humanas lo que para nosotros tiene un



valor real, puesto que forman el contenido de la historia. El hombre en sí mismo, el hombre como individuo de una raza forma un capítulo de la biología y queda fuera de ese conjunto de ideales determinaciones que se comprende en el concepto de cultura. Hay aquí una transposición del punto de vista análogo a la que caracteriza el tránsito de la filosofía medieval a la filosofía moderna: en lugar de conceder una importancia primordial a cierta substancia, que era la base o sostén de accidentes o propiedades, son estos accidentes o propiedades los que pasan a ocupar el primer plano y así constituyen el objeto de la ciencia como fenómenos, quedando en último término cuanto concierne a la substantividad.

Para nosotros, pues, el arte, la costumbre, la religión, que son productos espirituales, une a los individuos y a los pueblos entre sí con más fuertes vínculos que cualquier género de conexiones raciales. Pero la comunión más íntima es la originada por el idioma, el vehículo a través del cual los hombres expresan sus ideas y sentimientos. Esos misteriosos caminos espirituales que las palabras, como frágiles mariposas, van trazando en el aire, extintos apenas nacidos; esos surcos que las obras maestras de la literatura van grabando de modo indeleble en la tierra donde nacieron son los verdaderos lazos que mantienen prieto el nudo gordiano de una hermandad de pueblos, y son más fuertes e indestructibles que cualquiera conexión fundada en intereses materiales.

Por fortuna, el idioma castellano posee obras magistrales que le aseguran una perdurable existencia, mientras la humanidad conserve el tesoro de sus recuerdos; y entre todas ocupa un lugar privilegiado esa cumbre del humano saber que se llama «El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha», verdadero e indiscutible príncipe de la literatura española, que reina en el corazón y en la inteligencia de todo el que haya aprendido en la cuna a modular las primeras melodías de nuestra lengua.

España entera, la épica y la picaresca, con su idealis-

mo y su realismo, mística y humana, con sus alternativas de gran exaltación y profundo abatimiento se halla en el libro inmortal de Cervantes. Y esta España espiritual de la que fué espejo Don Quijote, es la que florece, corriendo los siglos, con nuevo vigor y lozanía al lado allá de los mares, donde el Sol se pone. Bienes espirituales y no bienes materiales son los que debemos legar a nuestros hijos, y así lo hizo Miguel de Cervantes al destilar en «El Ingenioso Hidalgo» las más finas esencias del alma española. Porque como dice otro don Miguel—Don Miguel de Unamuno—«aquellos a quienes el mundo sólo les huele a materia es que se huelen a sí mismos; los que sólo ven pasajeros fenómenos es que se miran a sí mismos y no se ven en lo hondo. No es contemplando el rodar de los astros por el firmamento como te hemos de descubrir, Dios y Señor nuestro que regalaste con la locura a Don Quijote; es contemplando el rodar de los anhelos amorosos por el cimiento de nuestros corazones».





